

REPUBLICA DE CHILE
MINISTERIO DE EDUCACION
DIVISION DE CULTURA

**IV ENCUENTRO DEL PROGRAMA: "UNIVERSIDADES-GOBIERNOS
REGIONALES" VALDIVIA**

(Taller: La Cultura, las Artes y el Patrimonio)

**LA CULTURA DESDE LA DESCENTRALIZACION O LA DEMOCRACIA DE LA
CULTURA DESCENTRADA**

Carlini,

Ponencia señor Claudio di Girólamo
Jefe División de Cultura-Ministerio de
Educación

Para poder explicar nuestras nociones de trabajo en relación a cultura y descentralización, permítasenos una digresión, especialmente cuando más adelante tendremos oportunidad, en este mismo evento, de exponer nuestros lineamientos de planificación y acción.

Amartya Sen, Premio Nobel de Economía 1998, desarrolla un modelo teórico que combina la "teoría de la elección social" y la del "desarrollo económico". Dentro de ese campo de reflexión, el concepto de participación en los procesos que afectan la existencia diaria en los territorios donde se vive, es relevante. Esto quiere decir que las elecciones más racionales y eficaces en el campo de la economía son aquellas que satisfacen más necesidades; necesidades que no son exclusivamente materiales, sino también culturales. Lo social remite a la participación y, por tanto, al intercambio del mundo simbólico, a

la construcción de la realidad.

Es interesante este giro en la economía teórica, ya que remite a una ampliación de los factores implicados en los procesos de reproducción material. Amartya Sen, al integrar elementos que tienen que ver con los procesos de participación dentro del concepto de Teoría de elección, implica a factores de naturaleza cultural, específicamente de **opciones colectivas de las elecciones**.

Vemos así aparecer el concepto de democracia y participación en el campo de opciones alternativas y una comprensión del concepto de economía que supera la tradición neoclásica y se perfila en las rutas, aún tentativas, de una economía del siglo XXI.

Tenemos la convicción que los modelos económicos del próximo siglo integrarán variables culturales en sus estructuras de trabajo.

Esto quiere decir que los conceptos de valor, uso, consumo y circulación, junto con los de producción y organización del trabajo, deberán tener en cuenta las sensibilidades histórico-culturales de los diferentes conglomerados humanos.

Es evidente que hay contra-tendencias a estos procesos, pero parece aumentar el número de intelectuales y teóricos que tienden a ampliar los universos conceptuales de sus propias disciplinas en virtud de la mundialización de las relaciones sociales y de la regionalización cada vez más evidente de las relaciones de pertenencia e identidad.

Junto con lo anterior, las ideas más clásicas de democracia y participación

y, especialmente de ciudadanía, se ven ensanchadas por procesos que históricamente provienen de otras tradiciones, a pesar de que se implican, como el de cultura y creatividad. Vemos una creciente necesidad de trabajar con un concepto de **ciudadanía cultural**, es decir, de ampliación de la teoría de los derechos más allá de lo que la tradición consideró como derechos ciudadanos. Esto quiere decir que tanto el acceso al goce de los bienes culturales como su creación cultural, son parte insoslayable de los órdenes democráticos y, de alguna forma, son previos a los derechos políticos convencionales.

Es en esta intersección entre ciudadanía cultural y democracia, en los procesos de toma de decisión regional y local, donde ubicamos los substratos teóricos de alguno de nuestros programas.

Se trata para nosotros de una discusión inconclusa, solidaria y abierta a aportes y enfoques diferentes.

En un mundo donde el concepto de desarrollo pleno de todas las capacidades de producción implicaría un desastre ecológico, una nueva cultura del bien-estar y del **bien-ser** suponen una moderación en el consumo y una explicitación de los factores psicosociales que, por momentos, retroalimentan la fiebre del ser a través del tener. Y aquí estamos directamente en temas de carácter cultural. Es decir, de modos de convivir e intercambiar procesos simbólicos y materiales que permiten la existencia en sociedad.

Al abordar las cosas desde esta perspectiva, se hace evidente que el concepto de cultura no se reduce al de arte, así como el de economía al de

consumo. Buscando una categoría de trabajo con fines explicativos y ejecutivos, podríamos pensar en que la cultura existe como proceso potente, creativo y productor de bienestar cuando es parte integrante e indispensable de los flujos democráticos. En las sociedades oligárquicas, despóticas o dictatoriales la cultura se defiende y preserva valores, pero no pone en juego toda su potencia histórica.

Pero aboquémonos a los temas de integración y descentralización.

En las últimas dos décadas hemos estado asistiendo a un proceso que contiene una dualidad formal que, sin embargo, trata sobre un mismo evento. Se refiere al paso de un mundo sustentado en las grandes identidades históricas del nacionalismo a otro que, con dificultad, comienza a gestar la noción de ciudadanía internacional, de economía mundial, de derecho planetario y especialmente de responsabilidades compartidas. Este proceso de internacionalización se descompone, por un lado, en las dinámicas de mundialización, integración e interconexión de las relaciones sociales y, por otro, en el aumento de las demandas regionales y locales dentro de cada uno de los estados para obtener mayores tasas de participación y decisión en todas aquellas políticas que afectan sus condiciones de existencia.

Ambas ondas operan simultáneamente concatenándose e influyéndose. Así, por ello, tenemos la integración mundial y el fortalecimiento de los gobiernos locales y regionales en muchas partes del planeta, cuestión que obliga a las instituciones que gobiernan democráticamente a las sociedades, a trabajar en una constante tensión entre lo mundial y lo local. Este fenómeno ha llevado a que

muchos hablen de pérdida de identidad de las regiones y de las naciones, en virtud de una saturación de mensajes culturales y que otros expongan alambicadas teorías para enunciar que las viejas entidades no sólo se extinguieron, sino que ahí donde subsisten son una traba para el desarrollo.

La realidad parece ser más matizada y menos apocalíptica. Hasta donde podemos observar, la internacionalización y extensión de los procesos culturales de diverso origen y naturaleza enriquece el diálogo y la comunicación entre los diversos rincones del planeta. Pero, al mismo tiempo, impele a que las culturas locales refortalezcan su consistencia y presencia. Es decir, su identidad y su propia estética.

Por esto, afirmamos que la descentralización debe ser asumida como una ampliación de las oportunidades de participación, de fermentación desde el barrio, la comuna y la región hacia la categoría más general de país. Pero, debe asumirse también como parte integrante del mundo y, por tanto, sometida a sus integraciones e impactos. Estas identidades y construcciones colectivas de la cultura y de procesos de ciudadanía cultural permiten romper con la fatalidad del énfasis material, en términos de apoyo del Estado; énfasis que en su extremo perverso limita las posibilidades de expansión del ciudadano y aumenta las capacidades de intervención vertical del Estado Central.

Pensamos que se debe promover el desarrollo del ciudadano en integridad buscando que, a través de su capacidad de asociación y creación, gane en determinación y orientación de las conductas del Estado Central.

Por otra parte, si observamos los cambios que se han producido en los conceptos de la gestión pública o las transformaciones que hacen que una administración tradicional, centralista, vertical y unidireccional, se vuelva una corriente que le da relevancia a los gestores locales, a las asociaciones y a los resultados obtenidos, convendremos que toda una nueva concepción de Estado se está gestando muy rápidamente en el mundo. Y ésta tiene una relación directa con la manera de concebir la gestión, la producción y creación cultural.

Las burocracias clásicas están siendo reemplazadas por equipos multidisciplinarios de trabajo que potencian las capacidades humanas, que integran constantes criterios de evaluación y redefinición y que tienden a superar un obtuso pragmatismo tan pegado a los conceptos de eficacia en el corto plazo, como a su vez analizar de manera integral fenómenos complejos en constante mutación.

El eje se ha trasladado del concepto de mando y poder burocrático al de resultado y asociacionismo.

Administrar significa seguir instrucciones, planes, muchas veces rígidos y que quedan rápidamente obsoletos.

Gestionar implica obtener resultados en el marco de modelos flexibles. La gestión supone estrategia, flexibilidad y análisis de los factores internos y externos.

Los proyectos culturales no pueden ser implementados sino a condición de

tener muy en consideración estos factores. Pero, simultáneamente, deben integrar a los fenómenos de identidad en un acto que exige respeto a las tradiciones y libertades. En esa línea, se afianza la subjetividad y es en ella donde también se ubica el derecho como tema de la cultura.

Pensando en la regionalización y descentralización, consideramos a la cultura como un proceso de constantes flujos de ida y vuelta en los ámbitos donde se produce y se goza. Aclaremos un punto. La cultura, en tanto proceso molecular del orden social, no puede ser descentralizada ya que su propia esencia no tiene centro y cuando lo tiene deja de ser cultura para transformarse en una política centralista de Estado. Lo que sí se puede y se debe descentralizar es el conjunto de acciones tendientes a instalarla como eje fundamental del desarrollo sustentable, atendiendo sus diferentes expresiones que se manifiestan a lo largo de todo el territorio.

Los desafíos de una política cultural tienen que ver con la identidad de los sujetos, que configuran los diversos territorios simbólicos y políticos de un país, de una región y del propio planeta. De ahí, su carácter fundamental en el campo de la teoría de los derechos. Pero, esa cultura se produce en el marco de una comunidad o de cuerpos sociales más amplios que construyen singularidades colectivas que entran en juego de intercambio con otras.

En este sentido todo proceso cultural es abierto, debatible y por tanto comunicable y criticable.

Estas características constituyen parte fundamental de la cultura como

patrimonio de la especie. Es durante la gestación de mundos simbólicos, muchas veces imposibles de concretar, que se producen conceptos, lenguajes y obras y amplifican las capacidades cognitivas, emotivas y sensitivas del sujeto.

Al producirse esto, el sujeto reflexiona sobre sí mismo, es decir ejercita sus capacidades racionales críticas y éticas, logrando a través de ella expresarse y asumirse como proyecto inacabado e inconcluso y poniendo en juego nuevos esfuerzos en un camino interminable.

Al ser la cultura diálogo, al producir patrimonio y al gestar mundos de diversa naturaleza, lo local y lo universal se vinculan entre sí. Las minorías dejan de ser un concepto geopolítico para transformarse en una singularidad estética, susceptible de ser mayorías culturales.

El respeto a lo diferente y a lo distintivo, en el marco de las localidades, regiones y países hace referencia al carácter siempre inconcluso del proyecto humano y a la atención pasional que se tiene respecto a las búsquedas culturales de los mundos posibles. Al ocurrir esto, la cultura contribuye a fortalecer la independencia, a humanizar el desarrollo y a gestar el experimento solidario y democráticamente construido.

No nos cabe duda que es preciso descentralizar las instancias y procedimientos que alimentan las políticas culturales. También, lograr un creciente protagonismo de las localidades y de las regiones, en el contexto de un fuerte aumento de los intercambios culturales de todas las comunidades del país.

Para poder movilizar los recursos humanos que componen los campos culturales, es necesario modernizar la vías de participación y cooperación entre el Estado, la sociedad civil y el mundo privado. Hay que superar la idea de una competencia extremada, que sólo anula el aporte recíproco y, por el contrario, generar las condiciones de una singularidad en la concurrencia donde cada cual pone algo que el otro no tiene. Este es el sentido último de lo que hemos denominado “trueque cultural”

Caso análogo ocurre con la necesidad de fortalecer los lazos internacionales de los procesos culturales dentro de un mundo que ya está intercomunicado pero, que no produce procesos de manera compartida y debatida libremente.

Por ello, consideramos de suma importancia no sólo modernizar la legislación sobre procesos culturales, teniendo muy en cuenta la descentralización y modernización del Estado, sino que también la construcción de un pensamiento teórico y académico que tenga como referencia básica nuestra realidad histórica y material que, a veces, es distinta a los países más dinámicos en la producción de enfoques y gestión cultural.

Se trata de construir una mirada amplia, compleja, pero singular, de cómo gestar y fortalecer la cultura en Chile, definiendo prioridades y estilos que tengan como referencia las realidades locales y regionales.

Para nosotros, la regionalización tiene claros fundamentos socioculturales y se caracteriza por una trayectoria social ascendente. La historia larga de los

pueblos y la historia profunda de las comunidades está fuertemente ubicada en aquellos espacios que llamamos regiones.

A la hora de pensar una cultura que respete todas las expresiones posibles en sus estilos y tiempos, para producir crecientes procesos democráticos en los barrios, comunas, provincias y regiones de todo Chile, es determinante trabajar con los tres conceptos a través de los cuales hemos intentado instalar nuestra reflexión y, desde los cuales, asumimos la idea de la descentralización como gran prioridad de las decisiones de las políticas culturales: el de ciudadanía cultural, el de la democracia como cultura de las relaciones solidarias y el de la tensión fructífera entre regionalización e internacionalización

Parece ser, que la gran complejidad de los procesos culturales, tiene que ver con la estrecha vinculación que éstos tienen con la aventura civilizatoria, con la posibilidad de compartir una empresa común, imposible de delimitar en el tiempo. Sin embargo, por encima de los conflictos y diferencias es la cultura, con sus símbolos y creaciones, la que hace comprensible y cercano el concepto de especie y humanidad.

Octubre de 1998

REFLEXIONES SOBRE ENCUENTROS Y DESENCUENTROS ENTRE CULTURA Y UNIVERSIDAD

Claudio di Girolamo

Estimados amigos y jóvenes, quiero manifestarles mi agradecimiento por la invitación a este evento, que me permite escuchar y reflexionar sobre vuestras visiones de mundo y sobre todo compartir la búsqueda de una sociedad más humana con cada uno de ustedes, situando a la universidad como el ámbito donde la pasión, la dignidad y el conocimiento se encuentran constantemente como materia constitutiva de la vida. Mis opiniones serán globales y espero ayudar a abrir con ellas el diálogo y la conversación entre todos.

Para ubicar la importancia que le otorgo a las transformaciones que ha vivido la *univérsitas* en las últimas décadas, enunciaré otras dos instituciones que, a su manera, han sufrido mutaciones análogas: la ciudad y el Estado, que como conceptos y ámbitos típicos de la modernidad están en un franco proceso de redefinición.

Estos tres espacios, la ciudad y la universidad desde el Renacimiento, y el Estado a partir de las Revoluciones Inglesa y Francesa, han ubicado nuestras existencias en ciertos marcos de posibilidades y opciones.

Es a partir de la reciente década de los 60 que al interior de ellas se comienzan a gestar grandes tensiones que desembocan en la apertura de nuevas posibilidades en el campo de las relaciones sociales, de la libertad y del desarrollo humano en su conjunto. La ciudad como territorio símbolo del progreso ha conocido en los últimos años una saturación de problemas demográficos, ecológicos y psicosociales que nos obligan a repensar su futuro.

El Estado, a partir de los ´80 fue conmovido por el avance desmesurado de las relaciones de mercado y por la aparición de dinámicas económicas y culturales supranacionales. Hoy esta institución de la política y de lo público tiende a retomar responsabilidades por el bien común que peligrosamente había abandonado hace algún tiempo. Pero creo que aún falta mucho para que lo que se dejó se vuelva asumir como prioridad en las condiciones actuales.

Centrándome en el tema para el cual fui invitado, convendría recordar que es a mediados de los ´60 cuando, en general, las universidades se ven enfrentadas a una doble presión. Por una parte, al agotamiento de las tendencias de los estilos universitarios basados en un currículum rígido, en criterios excesivamente profesionalizantes de enseñanza y en formas de gobierno cerradas. Y, por otra parte, lo que hoy me parece más relevante, la irrupción y constitución de un mundo juvenil que expresaba visiones, sensibilidades estéticas y formas de concebir la existencia muy diferente a las de sus mayores.

En ese lejano 1968, que continúa siendo una suerte de vértice histórico, se cruzaron dos procesos: la necesidad de reactualización de los modelos universitarios y el imperativo de reconocer que había emergido en la sociedad un nuevo y potente actor social: el joven.

Conviene recordar aún que brevemente estos acontecimientos, porque nuestro encuentro de hoy se realiza desde cierta instalación histórica que busca analizar lo que ha ocurrido con la universidad y con los jóvenes en las últimas décadas.

Estas instituciones, a partir de la década de los '80, viven una gran reconversión que las ubica en dos grandes categorías. Una, en el ámbito de las universidades estatales, con sus tradiciones y prestigios, y otra, el de las universidades privadas, que se expandió con bastante rapidez en Chile y en la mayoría de los países de América Latina. Se configuró así una estructura con dos sistemas que coexistían en tensión, ya que no establecieron entre ellos suficientes puntos de cooperación y diálogo.

Sin pretender realizar una revisión de lo que ocurre en la actualidad entre lo privado y lo estatal, quiero consignar lo que me parece más decisivo de este punto. Es decir, ubicar y pensar al actor universitario como uno de los sujetos más relevantes de este campo temático y moral. El joven, el cual parece moverse por dos grandes pasiones. Por una parte, es convocado a la creación desde el mundo de las ideas, de las teorías, de los modelos de análisis, y por otra, es llamado desde la acción, a la movilización y transformación social y cultural. Y es en ambos procesos donde configura su importancia como sujeto social.

Estoy convencido que, en el largo plazo, el aspecto más decisivo para la formación de un joven es su dimensión cultural, su capacidad para existir en el mundo desde ciertas perspectivas éticas y estéticas y desde ciertos valores que le permitan poetizar su vida y la de su entorno. Y esto no es una responsabilidad individual, sino de las instituciones, de sus criterios y prácticas. El profesional que surge de ellas, es un resultado de muchas intervenciones, preocupaciones y métodos de transmisión de conocimientos.

Sin embargo, el conocimiento que se imparte desde las universidades no puede limitarse y congelarse en un fin puramente instrumental, porque esto empobrece la ductibilidad de la inteligencia y rigidiza al sujeto frente a nuevos desafíos que provienen del mundo de la economía, de la ciencia, de la política y de la propia vida cotidiana. Por esto, la cultura es -permítanme la definición no muy ortodoxa- el valor agregado moral más decisivo en todo acto de formación.

El concepto de profesión emerge del de **testimonio**, de profesar una convicción y un saber que induce a servir y a mejorar el mundo que hemos recibido. Por ello, me preocupa que sea trastocado su sentido empobreciéndolo bajo la categoría de competitividad. Lo que no debemos olvidar es que tener una

destreza y adquirir un saber nos obliga a dar y no a servirnos mañosamente de él, ni a utilizarlo exclusivamente para nuestro propio provecho. Cuando hablamos de carrera convendría preguntarse tras de qué se corre y más básico aún, por qué hay que correr.

Se sabe, desde hace siglos, que el conocimiento tiene un **tempo**, un ritmo de maduración que permite a quien lo recibe asimilarlo y acomodarlo, vinculándolo con sus cargas biográficas y existenciales. Por esto, me parece desmesurado comprimir los saberes, entregar conocimientos de manera condensada y parcelada, lo que viene a desnaturalizar la forma en que la humanidad ha ido construyendo su inteligencia colectiva.

Esto afecta la riqueza y calidad de los procesos culturales, ya que son los jóvenes quienes con más pasión y constancia participan en ellos. Si lo hacen con un soporte y piso amplio, entonces presionarán la flecha del tiempo hacia delante, pero, si acceden a la vida cultural sin prácticas reflexivas y críticas, corren el riesgo de ser objetos y no portadores de nuevas ideas.

Si profundizo un poco esta reflexión, tendré que reconocer que, en muchos casos, asistimos a una suerte de oferta limitada de conocimiento, donde el joven elige entre un conjunto de opciones bastante parecidas entre sí, a pesar que se le señala que cubren todo el espectro de la tradición universitaria.

Esto ayuda a entender también la lejanía que el estudiante universitario tiene frente a lo que los adultos consideran importante. Las instancias oficiales hacen muy poco por abrirse hacia los temas de los jóvenes.

No se trata de que éstos asuman nuestras agendas o prioridades, (así no se dialoga), sino que nosotros integremos nuevos temas generacionales como son los de las culturas emergentes, las estéticas irruptivas, la crisis de la relación de poder entre el académico y el alumno y el agotamiento de las formas convencionales de impartir la enseñanza.

El joven de principios del tercer milenio ha desarrollado una extraordinaria y poco reconocida capacidad para analizar el mundo y buscar nuevas alternativas. El diálogo con ellos debe ser siempre en condiciones de igualdad, sin ejercer coacción alguna, ni sustentarse en criterios abstractos de autoridad. El reconocimiento de la potencia juvenil es elemental como consideración, para abrirnos hacia esas nuevas sabidurías emergentes.

Es dramático observar como la mentalidad de demasiados adultos no se deja tocar por la espontaneidad, la dignidad, la crítica y el compromiso de quienes han forjado su existencia en estas últimas dos décadas, tan repletas de transformaciones profundas. Tenemos que asumir que los propios adultos hemos quedado a veces muy perplejos frente a los giros de la historia mundial reciente.

Ocurre con demasiada frecuencia que la enseñanza superior se hace cada

vez más funcional, tecnológica y unidireccional, y que procesos que provienen de las humanidades, de las ciencias sociales y del arte, son considerados poco relevantes y, por tanto, arrancados de las mallas curriculares o situados en espacios tan menores que no convocan el deseo, ni estimulan la curiosidad del joven por integrarse a ellos.

La Universidad es un concepto que, a pesar de todos sus andares, aún debe dar mucho de sí. Sin embargo, en los últimos años, frecuentemente ha tendido a sucumbir a una de sus peores versiones posibles: la de **mercado de profesionales**, en el que se ofrecen certificaciones y titulaciones dibujadas a la medida exacta de lo que se cree que la estructura laboral impone, sin comprender que, en gran medida, ese denominado mercado de las profesiones es formado por el propio egresado.

El no es un objeto neutro portador de cierto saber. Se trata de una persona que puede enriquecer su profesión y la forma en que esta se ubica en la sociedad, siendo capaz de innovar, repensar y recrear lo que le ha sido dado. Por ello, el egresado configura, construye y también define al mercado. A no ser que confundamos la categoría mercado, su historia y actualidad, con la realidad, con la existencia misma. Afortunadamente esto no es lo que ocurre.

El desarrollo de la sociedad del conocimiento está multiplicando la necesidad de saberes tecnológicos, pero si esta tendencia se reproduce sin equilibrio, con el despliegue de las ciencias sociales y de las artes, entonces, podríamos llegar a una situación en la cual la enseñanza sea análoga a manipulación tecnológica, y el saber universitario a procesos que se mueven sólo dentro de las lógicas instrumentales.

Mi preocupación es que esto ya está ocurriendo y que comienza a tener efectos en el empobrecimiento formativo de nuestros jóvenes. En efecto, algunos de ellos tienen una relación distante con debates y procesos claves para el desarrollo pleno de la sociedad.

Debemos asumir el desafío de actualización ética que nos imponen los avances en el campo de la biotecnología, de la manipulación genética, de la información, de la preservación del medio ambiente e incluso de la colonización del espacio inmediato. Pero, también, urge abocarnos a problemas más visibles, públicos e hirientes como son la pobreza, la exclusión y la segregación social. Los riesgos no se ubican en los conocimientos. Estos no actúan, no piensan, ni toman decisiones.

Son las personas, los hombres y mujeres que los utilizan, especialmente quienes están ubicados en los espacios de mayor poder, los que acumulan las responsabilidades por el uso de la ciencia, de sus efectos e impactos.

Pienso que el territorio que debemos ensanchar es el de la sabiduría, la ternura y la generosidad para multiplicar los saberes y la cultura. A veces creo

percibir, en los estilos de enseñanza y en sus contenidos, ciertos perfiles autoritarios que se incrustan en el alma de los jóvenes pudiendo llegar a contaminar la forma en que estos se relacionan con sus pares y el mundo.

El debate sobre los sentidos, la ética y los efectos últimos que generan las opciones económicas, tecnológicas y políticas, es absolutamente indispensable para el futuro de la humanidad. La universidad no puede excluirse, ni disminuir su protagonismo en estos eventos. Desde principios del siglo XX, los espacios de la enseñanza superior han sido los lugares de la conciencia crítica, de las polémicas aportativas y de la sinceridad y reflexión aguda.

Este rol no es transferible y difícilmente hay otra institución que pueda asumirlo. Es más, si la universidad lo abandona, lo acorrala o lo desplaza astutamente, entonces, de alguna forma, perderá su *ethos*, su espíritu y su fuerza moral.

Por ello, la reflexión y la opinión universitaria debe proponerse actuar en el espacio público, desde sus claustros y centros de investigación, aportando a la construcción de opiniones informadas y rigurosas. Así la universidad podrá aportar a la democracia y al protagonismo de las ideas y de la creación.

Esta era una de las grandes imágenes que muchas generaciones, desde la Edad Media, el Renacimiento, la Ilustración y la Modernidad, tenían del saber como elemento fundamental para enriquecer tanto la calidad de vida de las personas, como de la opinión pública como proceso y de la democracia como institución y objetivo.

La universidad es un actor (o actriz) con responsabilidades singulares, que no se debe en un sentido restringido a ninguna institución, ya sea del ámbito de la fe, de la política o de la economía. Por sobre todo se debe a ella, pero no para ensimismarse, sino para proyectarse como conciencia crítica de la sociedad hacia todo lo civilizatorio, hacia todos los fenómenos humanos que hoy nos conmueven, a pesar de que siempre cada *univérsitas* se desplace dentro de un paradigma, modelo o proyecto valórico.

El sentido fundamental de la noción de autonomía hace referencia a la independencia para pensar y a la libertad para exponer. La universidad es una construcción social, un sistema abierto a la sociedad y al entorno cultural.

La educación primaria, media y, especialmente, la superior y de postgrado se despliegan en un continente de producción cultural y simbólica que se ubica en el centro mismo del concepto de desarrollo de la sociedad y de sus indicadores de bienestar. Un país mide su potencia por su capacidad de gestación de ideas y de atreverse a lo nuevo, donde la cultura y la ciencia son los componentes básicos de la creación y de la imaginación.

La creatividad de una nación es la riqueza simbólica más importante que esta pueda generar. El sistema universitario se desempeña como uno de los impulsores esenciales de estas dinámicas en tres sentidos complementarios:

- como generador de debates nacionales, regionales y locales, desde el aula hasta el espacio público;
- como nexo entre lo actual y contemporáneo con lo pretérito e histórico; y
- como promotor y legitimador de lo nuevo, de lo audaz, de lo exploratorio en el campo de las ideas, de las teorías e interpretaciones.

El aula también es concepto cultural. Al interior de ella ocurren aprendizajes que rebasan los adiestramientos, se cultivan estilos y modelos para pensar, exponer, debatir, escuchar y proponer. Es necesario que este espacio se abra hacia el mundo, actualice sus contenidos, formas y ejemplos.

Los graffiti, el rock, el nuevo cine latinoamericano, que está aportando muchas sugerencias, también son temas de cátedras y puentes generacionales que permiten compartir ansias y preocupaciones entre el académico y sus alumnos.

Quisiera, a este punto, ahondar brevemente en las políticas de inversión de recursos en procesos intangibles como la cultura y la creación, porque se suelen mezclar indiscriminadamente los criterios de inversión en desarrollo humano con indicadores que se refieren a tangibles muy precisos y específicos.

Este tema es relevante para esta intervención porque, si queremos mejorar nuestra calidad de vida y efectivamente alcanzar los niveles de un país más equitativo y con justicia social, tenemos que modificar algunos graves atrasos conceptuales respecto a los recursos que la cultura requiere con urgencia y que también se necesitan claramente en los espacios universitarios.

La inversión en cultura no puede medirse con los mismos parámetros que se utilizan para infraestructura o algún otro tipo de bien o servicio concreto. Tanto para el conocimiento como para la creación, los tiempos de maduración de un esfuerzo suelen ser mucho más lentos y de mayor densidad.

Cuando se discuten las inversiones nacionales, se sucumbe en algunas ocasiones a lo inmediato. Esto es comprensible por las grandes deudas sociales que países como el nuestro tienen frente a la pobreza y la exclusión.

Sin embargo, debemos asumir que las inversiones en conocimiento, creatividad e imaginación sólo son productivas si se piensan en el mediano y largo plazo. Sus impactos no suelen ser automáticos y exigen de una voluntad política sostenida, con el carácter de determinación de Estado, que trascienda en el tiempo a un gobierno específico.

Por mucho que podamos investigar, no encontraremos algo que, en cultura, se haya hecho en el corto plazo. Las grandes iniciativas que fomentaron e impulsaron el desarrollo de la creación latinoamericana y nacional fueron producto de muchos años y de más de una generación. Para que esto se logre, debe existir una conciencia no sólo en las instituciones políticas, sino, más importante aún, en la sociedad civil que promueve, desde abajo, decisiones de gobierno y Estado.

Los medios que se destinan hacia políticas culturales por la vía directa en base a infraestructura, creación, educación e investigación, así como también patrimonio, bibliotecas, archivos o museos, ensanchan el desarrollo espiritual de una nación. La cultura tiene que ver con la expansión humana, si se quiere psicosocial, de quienes la crean y participan en su construcción.

Pero, también, hay que recordar que el concepto de cultura se conecta directamente con el de participación, generando igualdades y convocando al trabajo cooperativo, interviniendo sobre la calidad de vida, sobre los espacios físicos y humanizando las relaciones entre los hombres.

El concepto de cultura con el cual hemos venido trabajando, no se congela en la noción de bellas artes y tampoco se remite exclusivamente a la forma más antropológica y global de entender a la cultura como actividad humana genérica.

Aunque integro esto en mi visión, me esfuerzo por situar a la cultura como un constante ímpetu por crear nuevos mundos posibles, por superar la fatalidad conformista de que este mundo, este momento y todo lo que configura la categoría de presente, es la única forma de existir de la humanidad.

No lo creo, ni lo quiero. La vida es infinitamente perfectible y la resignación aunque se revista de lenguaje aparentemente riguroso siempre será una derrota del espíritu. La cultura es la capacidad de soñar y de luchar para que nuestros sueños se hagan realidad.

El concepto mismo de universidad es del ámbito de la creación y del riesgo; en sus campos predomina la inteligencia y la ternura.

En muchos momentos de la historia de los últimos siglos, cuando otras instituciones han quedado exhaustas, los espacios universitarios han sido los lugares desde los cuales han emergido nuevamente hombres y mujeres libres para comenzar de nuevo. Las tensiones de la universidad nos impelen a ensanchar la diversidad y a no conformarnos nunca con lo dado.

No hay que temer a la crítica o a la disconformidad del joven, ya que esa rebeldía lleva en la gran mayoría de las veces el germen por la preocupación de lo que ocurre con el mundo y las ganas, explícitamente planteadas en muchos lenguajes, de participar en la construcción de mejores condiciones para sí mismo y los demás. Sería terrible un mundo de jóvenes que no quieren correr ningún riesgo, que no desean ningún cambio y que no se conmueven con ninguna pasión.

Tengo una gran fe en el mundo universitario, curtida a lo largo de muchos años de lucha, dentro y fuera de él. Confío en sus jóvenes y en sus académicos, creo que en nuestras cátedras no se debe impartir conocimiento sólo como manipulación de la realidad, sino como un saber con ética, valiente y generoso, una sabiduría que nace de la humildad frente a las descomunales interrogantes de nuestro mundo y universo.

La cultura y la juventud vienen a ser por esto, la dualidad que sostiene la capacidad de recrear la existencia, el mundo y la vida. El territorio universitario y juvenil permiten que el académico transfiera con generosidad y humildad sus saberes otorgándolos como un acto de amor y humanidad; que escuche la duda e incluso la crítica, superando el lastre de las soberbias y esté dispuesto a ser tantas veces joven como encantamientos se le produzcan frente a esas palabras que, desde el fondo de su clase, plantean una nueva pregunta.

Estamos frente a una etapa muy compleja de la humanidad, muchos de nuestros conocimientos languidecen ante la irrupción constante de nuevos desafíos.

Al igual que en otros períodos de nuestra larga aventura como especie, biológica y social, serán los espíritus jóvenes, las ideas originales y sobre todo la sabiduría tierna, pero firme, la que nos permitirá encontrar los caminos para asumir este siglo que se nos vino tan rápido; para encontrar formas de convivencia social que hagan posible el máximo cambio con el mínimo de sufrimiento humano, que posibiliten salir de la fatal trampa del excesivo dolor y lento progreso.

Asumo la cultura como un concepto que en última instancia no se deja atrapar por ningún lenguaje o filosofía. Sé que discurre por muchos espacios diferentes, se la puede encontrar en el teatro, en las salas de exposiciones, en la literatura, la música, el cine, pero también en la plaza de nuestro barrio en la comuna, en el metro y en toda la geografía del espacio existencial donde alguien se arriesga a ese acto mágico de producir algo nuevo.

Es imperativo promover en nuestro país más procesos culturales, legitimar espacios para los nuevos intentos, perfeccionar las formas de fomento y contar con una institucionalidad moderna. Pero más sustantivo aún, es necesario transformar a la cultura en una preocupación diaria, cotidiana y de vida. Y para esta decisión, sé que podemos contar con el enorme caudal de fuerzas morales, éticas y estéticas que existe en las universidades y las comunas, en las aulas y las regiones de todo Chile.

Soy una persona profundamente humanista, pero no de una manera abstracta o ingenua. Asumo este concepto como un compromiso, una ética y una forma de vivir.

Se me podrá retrucar que el humanismo no tiene sentido en un mundo que tiende a ser vulgarmente materialista o que, cada vez menos, los seres humanos creen en las grandes ideas. Discrepo tajantemente de estas afirmaciones. Si naciera de nuevo, volvería a creer en los grandes sueños de la humanidad, a pesar de los graves retrocesos que todos hemos visto y vivido durante el siglo XX.

Porque, de manera muy sustantiva, confío en ustedes los más jóvenes, y en todos aquellos que, en espacios como éste, en Chile y en cualquier lugar de este pequeño planeta, se conjuran para hacer de él un lugar en el cual todos los que hoy están y aquellos que vendrán puedan sentirse y ser actores de su propia historia y forjadores de una humanidad abierta a los desafíos de un futuro que espera ser construido con justicia, solidaridad y amor.

Santiago, junio del 2001

**Intervención
en la ceremonia de aniversario
de la fundación de la Universidad de Talca**

Claudio di Girolamo

Autoridades presentes estimadas amigas, estimados amigos y jóvenes,

Quiero manifestarles mi agradecimiento por la invitación a esta celebración, la que me permite compartir con ustedes algunas de mis inquietudes y reflexiones que, desde hace mucho, son mis compañeras en la tentativa de profundizar en la íntima relación que existe entre la educación formal y la cultura.

Espero que puedan ser de alguna utilidad para los presentes, aunque sea la de servir de material para promover ulteriores debates y discusiones, acerca de un tema que concierne a toda la sociedad y que exige una profundización constante, ya que incide directamente en la calidad de vida de los hombres y las mujeres que la conformamos.

Para mayor claridad, estructuraré mi intervención de hoy en dos partes. En la primera, esbozaré algunas ideas generales que se refieren al fenómeno educativo dentro del proceso de desarrollo cultural de cualquier sociedad y, en la segunda, abordaré el ámbito específico de la Enseñanza Superior, en especial de las responsabilidades y desafíos que la Universidad enfrenta, quiéralo o no, al encontrarse en el centro mismo de la mutación cultural que, con sus problemas y desafíos, está en pleno proceso de consolidación, no sólo en nuestro país, sino en todo el mundo occidental.

PRIMERA PARTE

EDUCACIÓN Y CULTURA

Para centrar el tema, me referiré en primer término, lo más brevemente posible, a **la profunda incidencia que el sistema educativo formal ejerce en el proceso de desarrollo cultural de cualquier sociedad y, en especial, en nuestro País.**

Considero necesario hacerlo, dado que hoy, en vista de la urgencia de los problemas que nos plantea la implementación de la nueva reforma educacional, solemos postergar una mirada más global, un punto de vista crítico respecto al sentido que tiene nuestra educación, y la educación en general, frente a la envergadura del cambio cultural que estamos viviendo en el comienzo de este nuevo milenio.

Cualquier otro problema que afecta al sistema educativo formal me parece secundario, si lo comparamos a los desafíos que, en todos sus niveles, le plantea el proceso

acelerado de **mutación cultural** que está produciendo el fenómeno de la globalización en todos los ámbitos de la vida social.

Hay que agregar a esto, el hecho de que la evidente y necesaria relación entre educación y cultura se está volviendo cada vez más compleja, debido a la confusión que envuelve ambos conceptos a la hora de ponerlos en relación en el transcurrir de la vida cotidiana.

Por un lado, demasiadas veces, la educación, en su formulación y en su práctica, agota su sentido en el concepto restringido y exclusivamente funcional de entregar información y conocimientos específicos. Por el otro, existe una confusión generalizada, instalada en la sociedad, que homologa el concepto de cultura con el de arte, restándole la mayor parte de su significación de primer y más importante término de referencia del desarrollo humano.

De inmediato, entonces, surge una primera y fundamental pregunta:

¿Qué entendemos por Educación?:

Desde el primer momento en que el ser humano se constituyó en comunidades, la necesidad de la transmisión organizada del conocimiento se hizo presente de inmediato como un eje de acción, que está íntimamente ligado con la permanencia en el tiempo de cualquier tipo de sociedad.

De hecho, la relación que se establece en este proceso de interacción entre los individuos de una sociedad, es la que teje las necesarias rutas por las cuales transcurre su propio desarrollo cultural. Es por ello que podemos aseverar que hoy es unánimemente aceptado el concepto que, para cualquier sociedad, su sistema educativo es parte esencial del **proceso de construcción de su propia cultura**.

En la organización social, ese proceso suele ser motivado e impulsado por maestros o educadores, sujetos capaces de **educar** (del latín **ex-ducere**), es decir, guiar, conducir, **sacar a alguien de un lugar para llevarlo a otro, en un tránsito acotado en un tiempo determinado**. Además, la tarea del **educador** es también la de **enseñar**, es decir, **reconocer, elaborar y mostrar signos y señales** que, al ser interrelacionadas, puedan servir de guía para construir imaginarios y puntos de vista personales acerca del mundo.

Es a través de esta cadena de causa y efecto que se han estructurado, a lo largo del tiempo, todas las “culturas” de aquellos pueblos que nos precedieron desde la épocas más remotas.

Una segunda pregunta aparece aquí también como fundamental:

¿Para qué se educa? ...

De todas las respuestas posibles, una es la que más me surge de manera

espontánea. **Educamos para transmitir nuestra memoria y construir la memoria común.** Más que conocimientos específicos, el maestro entrega, por un lado, experiencias e “historias” que están alimentadas por la sabiduría del pasado y, al mismo tiempo, plantea **dudas y preguntas** acerca de los misterios que aún siguen rodeándonos y que no pueden ser desentrañados simplemente en un ejercicio racional.

Un verdadero pedagogo muestra, a lo más, **opciones alternativas**, instando al discípulo a buscar cuales son **sus propias preguntas**, a encontrar **sus propias respuestas** y, al mismo tiempo, a saber sobrellevar **sus propias dudas** y a trabajar con ellas. Al iniciar ese camino, el discípulo comenzará a construir **su historia y su memoria** que, a su tiempo, se unirán a las de otros en un todo indisoluble.

Este conjunto de historias y memorias individuales y colectivas, con su bagaje de acciones interrelacionadas e interdependientes, es lo que la mayoría de las veces definimos como cultura.

Pero, ¿qué sucede con los conocimientos adquiridos durante el aprendizaje? ¿Cómo los empleamos en nuestras acciones diarias para darles significación y eficacia? ¿Son suficientes y sobre todo idóneos para satisfacer las cambiantes y cada vez más específicas demandas del ámbito del trabajo humano?

Está de sobra demostrado el hecho de que la rapidez del proceso de cambio cultural no encuentra su correlato en la adecuación de la pedagogía para enfrentarlo con éxito. Ella se ha transformado de **propositiva** en **reactiva** y da la impresión de que estamos persiguiendo afanosamente un imposible, quedando cada vez más lejos del objetivo que nos proponemos: **el de lograr el armónico y correcto uso de los conocimientos para acceder a la sabiduría.**

Aquí entramos de lleno en el campo, aún no definido y por eso casi conflictivo, de la enorme distancia que separa el conocimiento del **saber**, y del peligro que reviste el confundir los dos conceptos y más aún si se homologan entre sí. La simple transmisión y la consiguiente acumulación de conocimientos a través de la educación formal, no traen ningún beneficio real y duradero si no la complementamos con el estímulo a la capacidad de procesar esos conocimientos e interrelacionarlos de manera armónica, en beneficio del logro de una mejor calidad de vida personal y social.

No se aprende con el objetivo exclusivo de garantizar una **mayor competitividad en el mercado del trabajo**. Si bien puede considerarse legítimo, es importante precisar que ella se logra por **el uso adecuado del saber que hayamos sido capaces de alcanzar a través de la interacción de los conocimientos adquiridos.**

Un proceso cultural positivo, se basa esencialmente en esa capacidad de procesar esos conocimientos y de activarlos con **un profundo sentido ético**, que los pone al servicio del desarrollo de la comunidad y no al exclusivo servicio de nuestro bienestar personal. Los conocimientos se transforman en herramientas eficaces para el

desarrollo cultural personal y social, cuando los usamos no tanto para servirnos de ellos para sobresalir de los demás, sino para servir a los demás a través de ellos.

El conocimiento estructura, la emoción mueve

Considero que el **conocer**, por sí solo, no es suficiente para movilizar nuestras energías a la acción. Hace falta el **sentir**, para que logremos comprometer todo nuestro ser en la construcción de nuevos caminos que nos conduzcan a una mejor calidad de vida. Es seguramente la emoción, la que da vida a nuestra capacidad de soñar y que nos presiona para que luchemos para realizar lo que soñamos. Es ella que nos da la señal de nuestra pertenencia al territorio y a la sangre, los dos elementos que están en la base de cualquier identidad comunitaria. Sueños y sentido de pertenencia son las fuerzas indispensables en la construcción del sentido de país. Porque, **un país que no sueña es un país sin alma.**

SEGUNDA PARTE

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS ENTRE UNIVERSIDAD Y CULTURA

Comenzaré esta segunda parte con una primera provocación, afirmando que el concepto mismo de Universidad está en crisis.

Veamos,

Durante muchos siglos, la Universidad, además de ser el espacio en el cual se forjaba la cultura en las diferentes áreas del saber, fue la principal creadora y transmisora de las sensibilidades humanísticas dentro de la sociedad. Esto, hoy tiende a desaparecer y, en no pocas ocasiones, la Universidad se va convirtiendo, poco a poco, en un supermercado de conocimientos “útiles”, en el que los “alumnos clientes”, pueden obtener el cartón reglamentario, para así encaramarse rápidamente en las estructuras de la nueva sociedad de la competitividad económica.

Es decir, se está desvirtuando el carácter eminentemente cultural, científico y creativo que ella ha tenido hasta ahora y se reemplaza, en el imaginario colectivo, con un nuevo concepto de conocimiento, visto como apetecible mercancía, para obtener resultados inmediatos y de considerable plusvalía.

No creo que se me pueda tachar de nostálgico, si me atrevo a postular que las Universidades, sean estatales o privadas, regionales o metropolitanas, deben volver con urgencia al rol que les compete en los procesos culturales y que va mucho más allá de su específica cobertura educacional, vinculándose a la reflexión crítica acerca de los complejos y desafiantes mundos que emergen de las nuevas relaciones sociales.

Para ubicar la importancia de las transformaciones que ha vivido la Universidad en las últimas décadas, es bueno referirse también a otras dos instituciones que, a su

manera, han sufrido análogas mutaciones. Ellas son la Ciudad y el Estado, que están en un franco proceso de redefinición como conceptos y ámbitos de la modernidad.

UN POCO DE HISTORIA

Estos tres espacios sociales, por mucho tiempo ubicaron nuestras existencias en ciertos marcos de posibilidades y opciones, dentro de una cotidianeidad que transcurrió sin grandes sobresaltos. Es a partir de década de los '60 del siglo pasado, que al interior de ellas se comienzan a gestar grandes tensiones que desembocan en la apertura de nuevas posibilidades en el campo de las relaciones sociales, de la libertad y del desarrollo humano en su conjunto.

La ciudad como **polis**, es decir como territorio-símbolo del progreso durante más de dos milenios, ha sufrido en los últimos decenios una saturación de problemas demográficos, ecológicos y psico-sociales de tal magnitud, que nos obliga a repensar su futuro.

Por su parte, el Estado, a partir de los '80 ha sido remecido por el avance desmesurado de las relaciones de mercado y por la aparición de dinámicas económicas y culturales supranacionales. Sólo hace muy poco, esta institución de la política y de lo público tiende a retomar responsabilidades que le competen para el logro del bien común que, peligrosamente, había abandonado hace algún tiempo. Pero estimo que aún falta mucho, para que lo que se dejó se vuelva a asumir como prioridad, en las condiciones actuales.

LA UNIVERSIDAD

Centrándome en el tema de esta segunda parte, convendría recordar que es a mediados de 1960 cuando, en general, las universidades se enfrentaron a situaciones ineludibles que las sometieron a una doble presión.

Por una parte, al agotamiento de las tendencias de los estilos universitarios basados en un currículum rígido, en criterios excesivamente profesionalizantes de enseñanza y en formas de gobierno ejercidas por cúpulas muy cerradas. Y, por otra, lo que sin duda es más relevante, a la irrupción y constitución de un mundo juvenil que expresaba visiones, sensibilidades estéticas y formas de concebir la existencia, no sólo muy diferentes sino que, en muchos casos, hasta antagónicas a las de sus mayores.

En aquel entonces, se cruzaron, contemporáneamente, dos procesos socioculturales que, con su fuerza y rapidez, obligaron a la re-actualización de los modelos universitarios y, sobre todo, al **imperativo de reconocer que había emergido en la sociedad , como nunca antes, un nuevo y potente actor social: el joven.**

A propósito de eso, si bien lo ocurrido en mayo del lejano 1968, en la Universidad

de Nanterre, en Francia, sigue constituyendo una suerte de vértice histórico a nivel mundial, conviene recordar, en especial para las nuevas generaciones, que en Chile, ya un año antes, el 11 de agosto de 1967, con la toma de la Universidad Católica de Chile, se inició un movimiento juvenil que desembocó en la primera reforma universitaria del país, impulsada por su primer rector laico, Fernando Castillo Velasco y que definió el rol cultural de la Universidad como **conciencia crítica de la sociedad y gestora del desarrollo**.

Posteriormente, a partir de la década de los '80, las Universidades sufrieron un proceso de profunda reconversión, que las ubicó en dos grandes categorías. Una, de las estatales, con sus tradiciones y prestigio, y otra, de las privadas, que se expandió con enorme rapidez tanto en Chile como en la mayoría de los países de América Latina. Se configuró así una estructura con dos sistemas que desde entonces han coexistido en tensión, ya que no establecieron entre ellos suficientes puentes de cooperación y diálogo.

Sin pretender realizar una revisión en profundidad de lo que ocurre hoy entre lo privado y lo estatal, quiero destacar que, en este punto, es decisivo el ubicar al joven universitario como uno de sus actores más relevantes, tanto en lo temático como en lo moral. Ese joven, que parece moverse entre dos grandes pasiones: por una parte, es convocado a la creación desde el mundo de las ideas, de las teorías, de los modelos de análisis, y por otra, es llamado desde la acción, a la movilización y a la transformación social y cultural. Y es en ambos procesos donde configura su importancia como sujeto social.

Por ello, estoy convencido que, considerado en el largo plazo, el aspecto más decisivo de la formación de un joven es la dimensión cultural, porque le otorga la capacidad para enfrentarse al mundo desde determinadas perspectivas éticas y estéticas, desde valores que le permiten poetizar su vida y la de su entorno. Y esto no es una responsabilidad individual, sino de las instituciones, de sus criterios y prácticas porque el profesional que surge de ellas, es el resultado de muchas intervenciones sucesivas y de métodos específicos de transmisión de conocimientos.

Sin embargo, el conocimiento que se imparte desde las universidades no puede limitarse y congelarse en un fin puramente instrumental, porque esto empobrece las capacidades de invención de la inteligencia y rigidiza al sujeto frente a los constantes desafíos que provienen del mundo de la economía, de la ciencia, de la política y de la propia vida cotidiana.

Por esto, **la cultura es, permítanme la definición no muy ortodoxa, el valor agregado moral más decisivo en todo acto de formación.**

LAS PROFESIONES Y LAS CARRERAS

El concepto de profesión deriva de **testimonio**, de profesar una convicción y un saber que induce a servir y a mejorar el mundo que hemos recibido. Por ello, me preocupa que sea trastocado su sentido, rebajándolo a la categoría de capacitación para la **competitividad**.

Lo que no debemos olvidar, es que poseer una destreza y adquirir un saber nos obliga a devolverlo generosamente a la sociedad y no a servirnos mañosamente de él, ni menos a utilizarlo solamente para nuestro exclusivo provecho

Por otra parte, cuando hablamos de carrera convendría preguntarse tras de qué se corre y más básico aún, por qué hay que correr. (Y este, créanme, no es un chiste).

Porque se sabe desde hace siglos, que el saber tiene un **tempo**, un ritmo de maduración que permite a quien recibe los conocimientos, asimilarlos y acomodarlos, vinculándolos con sus cargas biográficas y existenciales. Por esto, es equivocado y poco ético comprimir el saber, entregar conocimientos de manera condensada y parcelada en beneficio de la rapidez de resultados, porque desnaturaliza la forma en que la humanidad ha ido construyendo su inteligencia colectiva.

EL CONOCIMIENTO Y LOS JOVENES

Esto afecta la riqueza y calidad de los procesos culturales, ya que son los jóvenes quienes, constantemente y con más pasión, participan en ellos. Si lo hacen sobre bases profundas y amplias, entonces presionarán la flecha del saber hacia adelante, pero, si acceden a la vida cultural sin prácticas reflexivas y críticas, corren el riesgo de ser objetos y no sujetos forjadores de nuevas visiones de mundo y de nuevos modos de vida.

Profundizando un poco esta reflexión, tendremos que reconocer que, en muchos casos, asistimos a una suerte de oferta limitada de conocimiento, donde el joven elige entre un conjunto de opciones bastante parecidas entre sí, a pesar que se le señala que cubren todo el espectro de la oferta tradicional de la Universidad.

Esto ayuda a entender la lejanía que los jóvenes, hombres y mujeres estudiantes universitarios, sienten hacia lo que los adultos consideramos importante en la vida personal y social. No se trata de que éstos asuman nuestras agendas o prioridades, (así no se dialoga), sino que nosotros integremos nuevos temas generacionales, como son los de las culturas emergentes, las estéticas de ruptura, la crisis de la relación de poder entre el académico y el alumno y el agotamiento de las formas convencionales de impartir la enseñanza.

El reconocimiento de las potencialidades juveniles es indispensable para abrirnos hacia esa nueva sabiduría emergente. El joven de principios del tercer milenio, ha desarrollado una extraordinaria y poco reconocida capacidad, para analizar el mundo y buscar nuevas alternativas. El diálogo con ellos debiera darse siempre en condiciones de igualdad, sin ejercer coacción alguna, ni sustentarse en criterios

abstractos de autoridad. Conviene, en este aspecto, recordar siempre que **la autoridad se gana, no se impone.**

Es dramático observar cómo la mentalidad de demasiados adultos no se deja tocar por la espontaneidad, la dignidad, la crítica y el compromiso de quienes han ido forjando las bases de su existencia en estas últimas dos décadas, tan llenas de profundas transformaciones. Por lo demás, debemos asumir que los propios adultos hemos quedado a veces muy perplejos frente a los giros de la historia mundial reciente.

Ocurre a menudo que la enseñanza superior se vuelve demasiado funcional, tecnológica y unidireccional, y que procesos que provienen de las humanidades, de las ciencias sociales y del arte, son considerados poco relevantes y, por eso, sacados de las mallas curriculares o arrinconados en espacios tan menores, que no convocan ni el deseo, ni siquiera la curiosidad de los jóvenes por integrarse a ellos. Más aún, en algunas Universidades se ha llegado a cerrar, espero que temporalmente, las Escuelas de Arte, alegando el escaso número de postulantes a las carreras artísticas, lo que las vuelve inviables del punto de vista económico.

Convengamos que la Universidad, a pesar de todo el camino recorrido, es un concepto y una realidad que aún debe dar mucho de sí. En efecto, en los últimos años, frecuentemente, ha tendido a sucumbir a una de sus peores versiones posibles: la de **mercado de profesionales**, en el que se ofrecen certificaciones y titulaciones dibujadas a la medida exacta de lo que se cree que la estructura del mercado laboral impone, sin comprender que, en muy gran medida, el propio egresado conforma ese denominado mercado de las profesiones.

El profesional recién egresado no es en absoluto un objeto neutro portador de cierto saber. Se trata de una **persona** que puede enriquecer su profesión y la forma en que ésta se ubica en la sociedad, ya que tiene la capacidad de innovar, repensar y recrear los conocimientos que le han sido transmitidos. Por ello, no sólo configura el mercado, sino que también lo construye y lo define. A no ser que confundamos la categoría mercado, su historia y actualidad, con la realidad, con la existencia misma.

El desarrollo de la sociedad actual está multiplicando la necesidad de los conocimientos tecnológicos. Pero, si esta tendencia se reproduce sin el equilibrio del despliegue de las ciencias sociales y de las artes, podríamos llegar a una situación en la cual la enseñanza sea análoga a manipulación tecnológica, y el saber universitario a procesos que se mueven sólo dentro de las lógicas instrumentales.

Atisbos de ello ocurren hoy y comienzan a tener una gran incidencia en el empobrecimiento formativo de nuestros jóvenes. No pocos de ellos ya tienen una relación de desinterés y distancia con los debates y los procesos claves para el

desarrollo pleno de la sociedad.

Estamos frente al desafío de asumir la adecuación ética, que nos imponen los avances en el campo de la biotecnología, de la manipulación genética, de la información, de la preservación del medio ambiente e incluso de la colonización del espacio exterior inmediato. Pero, también, el de atacar con urgencia problemas más visibles, públicos e hirientes, como son la pobreza, la exclusión y la segregación social.

Los riesgos no se ubican en los conocimientos. Estos no actúan, no piensan, ni toman decisiones. Son las personas, los hombres y mujeres que los utilizan, especialmente quienes están ubicados en los espacios de mayor poder, los que acumulan las responsabilidades por el uso de sus conocimientos, de sus efectos e impactos.

EL DEBATE NECESARIO

Los debates sobre los sentidos, la ética y los efectos últimos que generan las opciones económicas, tecnológicas y políticas, son absolutamente indispensables para el futuro de la humanidad, y la Universidad no puede excluirse, ni disminuir su protagonismo en este ámbito..

Desde principios del siglo XX, los espacios de la enseñanza superior han sido los lugares de los debates enriquecedores y de profunda reflexión. Este rol no es transferible y difícilmente podrá ser asumido por otra Institución. Es más, si la Universidad lo abandona, lo acorrala o lo desplaza mañosamente, entonces, de alguna forma, perderá su *ethos*, su espíritu y su fuerza moral.

Por ello, desde sus claustros y centros de investigación, la reflexión y la opinión universitaria deben tener el propósito de actuar decididamente en el espacio público, para aportar a la construcción de opiniones informadas y rigurosas, a la democracia y al protagonismo de las ideas y de la creación. Esta era una de las grandes imágenes que muchas generaciones, desde la Edad Media, el Renacimiento, la Ilustración y la Modernidad, tenían del saber como elemento fundamental, para enriquecer tanto la calidad de vida de las personas, como el desarrollo armónico de la sociedad toda, objetivo fundamental de la democracia.

Cuando la Universidad actúa en la sociedad, lo hace asumiendo responsabilidades específicas e intransferibles. No se debe en un sentido restringido a ninguna institución, ya sea del ámbito de la fe, de la política o de la economía. Por sobre todo se debe a ella, pero no para ensimismarse, sino para proyectarse como conciencia crítica de la sociedad, hacia todo lo que concierne el proceso constante de civilización, hacia todos los fenómenos humanos que hoy nos conmueven, aunque siempre cada Universidad se desenvuelva y desarrolle dentro de un singular proyecto o modelo valórico.

El sentido fundamental de la noción de autonomía se refiere a la independencia para pensar y a la libertad para exponer. La universidad es una construcción social, un sistema abierto a la sociedad y al entorno cultural.

El aula es un concepto cultural. Al interior de ella ocurren aprendizajes que rebasan con creces los adiestramientos, se cultivan estilos y modelos para pensar, exponer, debatir, escuchar y proponer. Es necesario que este espacio se abra hacia el mundo, actualice sus contenidos, su metodología y ejemplos. Los graffitis, el hip hop, el nuevo cine chileno y latinoamericano, las más variadas y sorprendentes formas expresivas, también deberían ser temas de cátedras y constituirse en puentes generacionales que permitan compartir visiones de mundo entre el académico y sus discípulos.

Entiendo la cultura como la constante e inevitable necesidad humana de crear nuevos mundos posibles, de superar la fatalidad conformista de que este mundo y todo lo que configura el presente, es la única forma de existir de la humanidad. La vida es infinitamente perfectible y la resignación, aunque se revista de lenguaje aparentemente riguroso, siempre será una derrota del espíritu. **La cultura es la capacidad de soñar y de luchar para que nuestros sueños se hagan realidad.**

EL RIESGO DE PENSAR

El concepto mismo de Universidad nos remite a la creación y al riesgo.

En muchos momentos de la historia de los últimos siglos, cuando otras instituciones han quedado exhaustas, los espacios universitarios han sido los lugares desde los cuales han emergido nuevamente hombres y mujeres libres para comenzar de nuevo a pensar y soñar, sin conformarse con lo existente. No hay que temer a la crítica o a la disconformidad de los jóvenes.

Esa rebeldía lleva, la gran mayoría de las veces, el germen de la preocupación por lo que ocurre con el mundo y las ganas, explícitamente planteadas en muchos lenguajes, de participar en la construcción de mejores condiciones para ellos mismos y los demás. Sería terrible un mundo de jóvenes que no quieren correr ningún riesgo, que no desean ningún cambio y que no se conmueven con ninguna pasión.

Tengo una gran fe en el mundo universitario, alimentada a lo largo de muchos años de lucha, dentro y fuera de sus claustros. Confío en sus jóvenes y en sus académicos, creo en la posibilidad de que en nuestras cátedras se imparta conocimiento no como simple manipulación de la realidad, sino como un saber con ética, valiente y generoso, una sabiduría que nace de la humildad frente a las enormes interrogantes de nuestro mundo y del universo.

La cultura y la juventud constituyen, por esto, la dualidad que sostiene la capacidad de recrear la existencia, el mundo y la vida. El ámbito universitario y el juvenil permiten que el académico transfiera con generosidad su saber, otorgándolo como un acto de amor y de humanidad. Le pido que acoja las dudas e

incluso la crítica, superando el lastre de las soberbias y que esté dispuesto a ser tantas veces joven como asombros le produzcan esas palabras que, desde el fondo del aula, plantean una nueva pregunta.

Vivimos una etapa muy compleja de la humanidad. Muchos de nuestros conocimientos languidecen ante la irrupción constante de nuevos desafíos. Como en otros períodos de nuestra larga aventura como especie, tanto biológica como social, serán los espíritus jóvenes, las ideas originales y sobre todo la sabiduría, lo que nos permitirá encontrar los caminos para **encontrar formas de convivencia social que hagan posible el máximo cambio con el mínimo de sufrimiento humano, que posibiliten salir de la fatal trampa del excesivo dolor y lento progreso.**

CONSTRUYENDO UN PROYECTO DE PAÍS

Lo anteriormente expuesto no tiene ningún valor ni posibilidad alguna de aplicación en la práctica si no se proyecta desde la concepción de un proyecto de País, ya que intenta apenas plantear un conjunto de medios más o menos idóneos para alcanzar el objetivo concreto de la construcción de un país diferente.

Por ello que es necesario que nos preguntemos con honestidad.

¿Qué país soñamos?

¿Qué estamos dispuestos a entregar para hacer realidad ese sueño colectivo?

Estas son apenas las primeras preguntas que deberíamos formularnos, al enfrentar la responsabilidad de la gestión de la Reforma Educativa. Sin tener claro adonde nos proponemos llegar, es imposible planificar rutas o elaborar mapas de parajes inexistentes. La Reforma es simplemente un medio entre tantos para hacer más posible la concreción de ese sueño. Pareciera, empero, que hemos perdido la capacidad de soñar o que la tenemos muy dormida dentro de nosotros, muy controlada por un pragmatismo que es capaz de adaptarse a cualquier costo a los requerimientos del sistema establecido.

A pesar de todo, los sueños siguen siendo el motor de las más audaces empresas humanas. Amplían nuestra visión de mundo y vuelven las utopías más cercanas y realizables. Además, ellos nos revelan aspectos desconocidos de la realidad, al trastocar el tiempo y el espacio que nos encierran en un ritmo lineal de existencia. En el espacio educativo, docentes capaces de volver a soñar y de transmitir a sus discípulos esa capacidad, serán la verdadera riqueza que la educación puede ofrecer y transmitir a las nuevas generaciones, para incrementar el patrimonio cultural de Chile.

LA EDUCACIÓN: PATRIMONIO CULTURAL

De hecho, las culturas más relevantes son las que han logrado establecer puentes

no solo con las nuevas generaciones, sino también con otras culturas, lo que ha permitido el mutuo enriquecimiento. Ese fenómeno es el que ha producido, por otro lado, el aumento del patrimonio común tanto en cantidad como en calidad, con el surgir de nuevas e innumerables expresiones culturales. Sin embargo, un patrimonio, sin herederos que usufructúen de él, es estéril. Está destinado a desaparecer.

El hecho de usufructuar se refiere precisamente al uso y al dar frutos. Es decir, supone un diálogo con otros que se sientan depositarios de los bienes que les son legados y que sepan usarlos con creatividad para que crezcan y sigan dando mayores frutos, enriquecidos por el aporte de los propios herederos.

Un patrimonio que no admite el concurso de la creatividad de otros para renovarse constantemente, está destinado a consumirse, a morir y desaparecer sin dejar rastro alguno para las generaciones futuras, al igual de lo que sucede con la simple acumulación de bienes materiales. Esta afirmación es aún más válida si se trata del patrimonio cultural y especialmente artístico.

Para resumir con mayor claridad lo que he tratado de expresar en todo lo consignado en estas reflexiones, y fiel a mi compromiso personal, de explicarme mejor a través de cuentos, permítanme que lo haga con uno muy especial, que algunos de los presentes, incluido el señor Rector, ya conocen, pero que encuentro muy pertinente al sentido de esta celebración. Está sacado de la tradición oriental y al cual, seguramente, con el transcurso de los años, he ido adhiriendo algunas ideas de cosecha propia, tal como acontece con el patrimonio...

“Un gran maestro alfarero, al ver próximo el momento de su muerte, llamó a su discípulo predilecto y, como último legado, le entregó su mejor obra. El pobre discípulo no cabía en sí de contento por el honor que eso significaba, pero, por otro lado, no acertaba a entender lo que su querido maestro había querido dejarle, más allá del indudable valor artístico de la maravillosa pieza de cerámica que ahora le pertenecía. Recurrió con su duda varias veces a su venerado maestro, pero la respuesta que recibía, acompañada de una dulce pero socarrona sonrisa, era siempre la misma: “Algún día, en el momento preciso y no antes, lo entenderás...”

Cuando el anciano murió, esa incógnita se le volvió insoportable y decidió develarla con todos los medios a su disposición. Estudió concienzudamente la textura, la forma y el color del simple y perfecto jarro, buceó en los escritos y en las fórmulas dejadas por su maestro. Más aún, se dedicó con esmero a copiar fielmente el original una y mil veces, en el sostenido intento de dejar su obra perfectamente igual a la original.

Sin embargo, y a pesar de haberlo logrado varias veces, en todas sus

características, algo siempre faltaba para llegar a la identificación perfecta. Y, una a una, todas aquellas copias terminaron hechas añicos por el autor, preso por la desesperación y su propia impotencia.

Hasta que, un día, sin aguantar más su dolorosa incapacidad, la emprendió con el original y, entre maldiciones a su otrora venerado maestro, lo estrelló con fuerza en el suelo, haciéndolo estallar en mil pedazos que se desparramaron con estrépito por todo el taller. Fue en aquel mismo instante que creyó oír la voz queda del anciano que le susurraba: "... En el momento preciso y no antes, lo entenderás".

Quedó aturdido por la revelación que lo golpeó con su luz cegadora... Sí, eso era, como no lo había descubierto antes... si ahora parecía tan sencillo...Se demoró toda la noche en recoger con amor los guijarros, uno a uno, con delicadeza y esmero infinito. El amanecer lo sorprendió aún en la tarea.

Cuando el sol ya estaba alto en el cielo, al constatar que ya no quedaba ninguno de ellos escondido en algún rincón, la dio por terminada.

Los depositó cuidadosamente en el mortero y comenzó con fuerza a deshacerlos hasta convertirlos en un fino polvo. Le agregó caolín y agua, lo amasó y con esa pasta, ahora informe, comenzó a moldear su propia obra, espléndida y refulgente a los rayos del nuevo sol que por fin brillaba en su interior, reviviendo en ella el alma de aquella otra, que en un día lejano, le fuera obsequiada por el viejo maestro."

Ese es el sentido último y fundamental, que espero se le otorgue algún día al traspaso de conocimientos entre las diferentes generaciones, a través de la educación formal, para lograr la sabiduría que es y será siempre el cimiento del desarrollo cultural de la sociedad.

Asumo la cultura como un concepto que, en última instancia, no se deja atrapar por ningún lenguaje o filosofía. Sé que se desenvuelve en muchos espacios diferentes. Se la puede encontrar no sólo en el teatro, en las artes visuales, en la literatura, la música, el cine, sino también en las plazas de nuestros barrios, en la comuna, en la calle y en toda la geografía del espacio existencial donde alguien se arriesga a ese acto mágico de producir algo nuevo.

Es imperativo promover en nuestro país más procesos culturales, legitimar espacios para los nuevos intentos, perfeccionar las formas de fomento. Pero más sustantivo aún, es el transformar a la cultura en una preocupación diaria, cotidiana y de vida. Y para esta decisión, sé que podemos contar con el enorme caudal de fuerzas morales, éticas y estéticas, que existe en las universidades y en sus aulas, en las comunas, y en las regiones de todo Chile.

CONCLUYENDO.

Soy profundamente humanista, pero no de una manera abstracta o ingenua. Asumo este concepto como un compromiso, una ética y una forma de vivir. Se me podrá retrucar que el humanismo no tiene sentido en un mundo que tiende a ser vulgarmente materialista o que los seres humanos creemos cada vez menos en las grandes ideas. Discrepo tajantemente de estas afirmaciones. Si naciera de nuevo, volvería a creer en los grandes sueños de la humanidad, a pesar de los graves retrocesos que todos hemos visto y vivido durante el siglo XX.

Porque, de manera muy sustantiva, confío en los más jóvenes, y en todos aquellos que, en espacios como éste, en Chile y en cualquier lugar de este pequeño planeta, se conjuran para hacer de él un lugar en el cual todos los que hoy están y aquellos que vendrán puedan sentirse y ser actores de su propia historia y forjadores de una humanidad abierta a los desafíos de un futuro que espera ser construido con justicia, solidaridad y amor.

Muchas gracias.

Curicó, 28 de octubre de 2004